

Seguia dando gracias á Dios, y creia que el emperador mismo habia mudado de parecer cuando se le avisó que este principe le enviaba un secretario encargado de sus órdenes. Se apartó un poco para oírle; pero le sorprendió mucho que el secretario le dijera: «vengo á saber de vos mismo si sois un rebelde y un tirano, para proceder en consecuencia de vuestra contestacion (1)». El Santo respondió: «Nada he hecho que dé lugar á esta pregunta injuriosa. ¿Y quién puede acusarme de haber olvidado la obediencia debida al César, aun al defender yo la Iglesia de Dios? Me he contentado con gemir sabiendo que las tropas sitiaban la Basílica, é instándome muchas personas á que corriese á ella, les contesté: *si es delito entregar el lugar santo, tambien lo seria defenderle á mano armada*. Cuando supe que un celo inconsiderado cometia violencias, envié á los sacerdotes mas capaces de contener al pueblo en el respeto debido al emperador, á fin de obligarle á él mismo á hacer justicia á nuestra moderacion. Si esto es una rebeldía, y si se quiere por fuerza que aparezca culpable, aquí estoy á vuestra disposicion. Ambrosio sabe morir por la justicia, pero no sabe rebelarse. ¿Por qué tardais en sacrificarme? Los sacerdotes en la ley antigua daban los reinos y no los tomaban, y en todos tiempos ha habido sobradas causas para decir que los príncipes afectan el sacerdocio mucho mas que los sacerdotes el imperio. No dice Máximo que sea yo el rival ó el tirano de Valentiniano; Máximo digo, que se queja con tanta amargura de que mis ruegos le han quitado la Italia».

El resto del dia lo pasaron los fieles en la consternacion y en la tristeza. El arzobispo no pudo volver á su habitacion, porque la iglesia estaba cercada de soldados que permanecieron alli toda la noche, lo que no

(1) Ambr. Epist. 20, n. 1, 4.

debe admirarnos si consideramos la destruccion de aquellas iglesias antiguas. Estaban acompañadas de muchos cuerpos de edificios que contenian galerias, salas, cuartos con patios y jardines, y hasta baños, cuya necesidad parecia indispensable antiguamente. Habia lugares en que se podia comer y tomar algun sueño decentemente. A la mañana siguiente, dia de Jueves Santo, se leyó, segun costumbre, un pasaje de la Escritura sobre la conversion de los pecadores á la penitencia. El pueblo presagió á vista de esto una mudanza feliz, y efectivamente, cuando aun estaba hablando el obispo, vinieron á decirle que el emperador habia mandado á las tropas que dejasen libre la iglesia y se retirasen; cuyas órdenes se apresuraron á publicar los mismos soldados, y besaban el altar en señal de una alegría religiosa. Mostróse mas indignada la emperatriz Justina, y á fuerza de astucias consiguió á los pocos dias que se publicase una declaracion imperial, autorizando las asambleas de los arrianos. Benévolo, prefecto de las memorias ó uno de los secretarios de Estado, rehusó estenderla, queriendo antes perder su favor y su empleo que prestar su mano á la maldad (1). Por esta declaracion abrazaba Valentiniano la confesion de Rimini, permitiendo á los católicos que siguiesen la suya con tal que no turbasen la tranquilidad pública, y amenazándoles con la muerte, como autores de sedicion y reos de lesa Magestad, si intentaban alguna cosa aunque fuera en secreto contra esta ordenanza. Así se abusaba de los términos y se amontonaban las calificaciones mas infamatorias y mas fuertes para hacer perder de vista la falsa aplicacion que se hacia de ellas. Luego que se publicó esta ley, Valentiniano, ó mas bien Justina, mandó intimar

(1) Sozóm. lib. 7, cap. 13.

á San Ambrosio que compareciese ante el emperador, que queria juzgarle á él y á Ausencio. Contestó el santo obispo con respeto, pero con una noble firmeza, haciendo conocer al principe lo mucho que se alejaba de la máxima de su padre Valentiniano, el cual tantas veces habia declarado que, no debiendo los jueces ser de menor condicion que las partes, no pertenecia á las potestades seculares juzgar en las causas eclesiásticas, porque el orden espiritual era muy superior á la esfera del siglo. «¿Quién puede negar, dice (1), que en las causas de la fé y de la Iglesia tengan los obispos derecho de juzgar á los emperadores, lejos de estar sujetos á su juicio? ¿Me es permitido derogar á esta disposicion divina por temor de la turbacion y del infortunio? Mi cabeza misma no debe rescatarse á costa de una bajeza tan sacrilega: Ambrosio no quiere que se deshonre así el sacerdocio. ¿Qué importa la vida de un obispo respecto de la dignidad del episcopado?»

Despues de esta respuesta se retiró á la iglesia mayor, donde el pueblo, consternado con el peligro que su pastor acababa de correr, le guardó mucho tiempo de dia y de noche temiendo se atentase á su vida ó á su libertad. Envió la corte nuevos satélites, en quienes creia poder confiar, los cuales cercando la iglesia, dejaban entrar á todos, sin permitir á nadie la salida; pero ya fuese por respeto, ó ya por temor de un pueblo que tan adherido estaba á su pastor, nadie osó arrebatarle violentamente.

Un cortesano mas adulator que los otros, llamado Eutimio, prometió á la emperatriz satisfacer cumplidamente sus criminales deseos. Alquiló una casa cuasi contigua á la iglesia, y en ella ocultó un carro preparado para poner en él al obispo en el momento en que pudiese sorprenderle y antes que

(1) Ambr. Ep. 11, n. 4.

el pueblo lo notase. Descubrióse su proyecto y quedó frustrado. Un año despues, en el mismo dia, fué sacado Eutimio de la misma habitacion y puesto en el carro para ser conducido al destierro; y el generoso prelado, despues de proveerle de dinero para el viaje, cuidó personalmente y muy por menor de todas las provisiones necesarias al desterrado. Casi del mismo modo fué castigado el eunuco Caligono, gran camarero, por haber amenazado al Santo con que le cortaria la cabeza si no condescendia á los deseos del emperador. Ambrosio se habia contentado con decirle: «pluguiese á Dios tuviese yo tal fin: los dos cumpliriamos nuestro deber: vos con el de eunuco y yo con el de obispo.» Sin embargo, el riesgo era demasiado real para el santo Pastor, y en efecto fueron sorprendidos unos asesinos que iban á matarle. Poco despues fué degollado Caligono por un delito infame de que se le convenció. Ambrosio evitó otra infinidad de riesgos, y muchas veces de un modo casi milagroso. Por último, viniendo en apoyo de los atentados particulares las medidas ruidosas de la autoridad soberana, se mandó á los magistrados que echasen de las iglesias á los sacerdotes católicos, y diesen muerte á los que no quisiesen asentir á esta orden impia.

A proporcion que acrecia el peligro, se aumentaba tambien el amor del pueblo á su obispo; y durante mucho tiempo estuvieron de dia y de noche encerrados los fieles en la iglesia catedral, resueltos á morir con él si no podian libertarle. Entonces para consolarlos y convertir su tristeza en una alegría cristiana, introdujo entre ellos el uso de la salmodia alternativa, como se practicaba en el Oriente, y se estendió de la iglesia de Milan á todas las de Occidente. Además de los salmos hizo cantar del mismo modo himnos muy devotos que él habia compuesto y lo que el diácono Paulino llama an-

tifonas; especie de estribillos de donde sin duda tuvieron origen las que hoy usamos. Hicieronse tan célebres los himnos de San Ambrosio que en los siglos posteriores en vez de decir un himno, se decía una ambrosiana. Aún cantamos nosotros muchos de ellos, y son tan sencillos, nobles y patéticos, que esceden á toda la elegancia moderna. Con estas piadosas invenciones el santo doctor logró contener á su pueblo en los sentimientos de Religion y de sumision á las potestades; pero no bastó todo el terror de la persecucion para hacerle consentir en que el Santo de los Santos fuese entregado á los impíos. Protestaba, que si no se tratase mas que de las rentas ó fondos de la iglesia, pero sin entregarlas él mismo, las abandonaria voluntariamente; mas respecto al sagrado Tabernáculo, el abandonarle en el momento en que su presencia impedia la profanacion, era hacerse cómplice del sacrilegio. El cielo bendijo esta perseverancia, é hizo triunfar la buena causa de un modo inesperado y milagroso (1).

El santo arzobispo descubrió los cuerpos de los dos ilustres mártires San Gervasio y San Protasio. Habiendo tenido revelacion del lugar en donde descansaban, hizo al punto cavar en aquel parage y se hallaron dos cuerpos de una grandeza estrordinaria, decapitados uno y otro y bañados todavía en sangre, sin embargo de haber consumado estos mártires su sacrificio en el imperio de Marco Aurelio, á mas tardar. En medio de una multitud prodigiosa de fieles se trasladaron estas reliquias venerables á la Basílica llamada aun hoy Ambrosiana. Aun fué mas brillante la traslacion por el gran número de milagros que se obraron allí, ya de energúmenos libertados, ya de enfermos de toda especie curados con solo tocar el lienzo que cubria á los Santos, y aun

(1) Serm. de Basilic.

con su sombra. Arrojábanse al paso pañuelos ó vestidos sobre el féretro, y eran otros tantos remedios soberanos para las llagas y enfermedades mas incurables; pero ninguna curacion pareció mas pasmosa que la de un ciego llamado Severo, conocido en toda la ciudad; el cual oyendo el ruido y sabiendo la causa de la alegría pública, se acercó apresurado y pidió que se le dejase aplicar un pañuelo al santo depósito: llevóle al instante á los ojos y recobró la vista en medio de las aclamaciones de todos, y especialmente del retórico Agustin, de aquel Agustin destinado á ser una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia, pero esclavo todavía de la mas ciega de las pasiones, de la cual este divino espectáculo le dispuso á libertarse (1).

Quiso tomarlo á burla la corte de Justina, acusando á un tiempo á los fieles de simples y al arzobispo de impostor; pero todo esto lo decian mas por ocultar el oprobio de los sectarios que con la esperanza de ser creidos. Hasta se contuvo la persecucion, y Ambrosio respondió á los incrédulos con la evidencia del hecho testificado por una ciudad tan grande. «¿Es acaso el poder de los mártires, dice, el que se quiere poner en duda? Pero eso seria negar el poder del mismo Jesucristo. ¿Cuál es, pues, el objeto de la envidia? ¿El pobre Ambrosio? Pero no es él quien hizo los milagros: son los santos mártires; y mostrándose envidiosos de su gloria, nuestros adversarios anuncian que la creencia de los amigos de Dios es diversa de la suya.» Despues, dando un testimonio de los mas ilustres á la presencia del Salvador en la Eucaristia, prosigue diciendo: «Despreciemos la sinrazon lastimosa de los incrédulos: pongamos estas gloriosas victimas en el lugar donde reposa nuestra hostia adorable, Jesus, Hijo de Dios como de Ma-

(1) August. lib. 9 Conf. cap. 7.

ría; mas esté sobre el altar este Señor que satisfizo por todos en el altar de la Cruz, y los Santos redimidos con su sangre continúen tributándole homenajes, colocándose debajo del altar (1).

Para confundir completamente á los hereges, ocurrió que el espíritu maligno por boca de un energúmeno, de quien se apoderó de repente, principió á gritar con una voz terrible, que los que rehusasen el tributo de honor á los mártires, serian atormentados como él, con los que no tenian la misma fé que Ambrosio. Cogieron los arrianos con un ciego furor al energúmeno y le arrojaron á un canal donde se ahogó; pero uno de los mas endurecidos de ellos se convirtió de improvisó, protestando que habia visto un ángel que hablaba al oido de Ambrosio cuando predicaba, y que el obispo no hacia mas que repetir al pueblo lo que le dictaba el mensajero del cielo (2). Sólida fué la conversion, y el penitente vino á ser uno de los mayores defensores de la doctrina que tanto habia impugnado. Los arrianos tuvieron al fin que ceder á fuerza de prodigios de toda especie, y la emperatriz dejó en paz al doctor por quien el cielo se declaraba tan visiblemente.

Mas sobre un espíritu como el de Justina, el temor del emperador Máximo contribuyó mucho á fortificar estas primeras impresiones. Escribió á Valentiniano para que hiciese cesar el escándalo de esta persecucion, representándole lo criminal y peligroso de combatir la fé establecida desde tantos siglos y que profesaban con tanta armonia la Italia, el Africa, todas las Galias y toda la España, y «Roma, en fin, añade, que tiene el primer orden en la Religion como en el imperio (3).

(1) Ambr. Ep. 22, n. 29.

(2) Paulin. Vit. n. 17.

(3) Teodor. hist. lib. 5, cap. 44.

Hacia unos dos años que Agustin, próximo á verificar su gran destino, se hallaba en Milan, cuando fué testigo de la persecucion y de los milagros que la hicieron cesar. Era africano, nacido en Tagaste de Numidia, de una familia honrada, pero poco favorecida de los bienes de fortuna. Su padre, llamado Patricio, ejercia algun empleo de magistratura, y recibió el bautismo antes de morir. A una tierna piedad reunia su madre Mónica la felicidad de haber profesado siempre la verdadera fé. Se habia esforzado en inspirarla á su hijo desde la mas tierna edad sin que nada llamase mas su atencion que esta obligacion maternal; no teniéndose por madre sino á medias, como ella misma se esplicaba, en tanto que no comunicase la vida de la gracia al que la debia la vida natural; pero la disipacion del juego y aun la de los estudios, las compañías y las ocasiones que se presentan al ingenio y á las almas afectuosas, precipitaron á Agustin en grandes desórdenes y le empeñaron por último en la triste esclavitud de la sensualidad. Se tuvo particular cuidado en que se cultivasen sus raras disposiciones para las ciencias, que hacian concebir las mayores esperanzas á su padre. Se presentó y brilló sucesivamente en el lugar de su nacimiento y en la capital del Africa; pero este no era un teatro digno de su grande talento, y creyendo poder presentarse en la primera ciudad del mundo, pasó á Roma á los veinte y nueve años de edad, para enseñar allí la elocuencia, que era siempre muy estimada en el imperio.

A todas partes llevaba consigo las mismas debilidades, y lejos de curarlas las aumentaba de dia en dia. La ociosidad de los lugares pequeños, la licencia de las grandes ciudades, y los espectáculos del teatro á que era apasionado, todo alimentaba en él un fondo de sensualidad que enervaba su ya-

lor y le hacia cada vez mas incapaz de quebrantar las cadenas, bajo las cuales no cesaba de gemir. Porque con una alma recta y dotado admirablemente de aquel sentimiento de razon inseparable de un cierto amor del verdadero bien; y por otra parte perseguido de continuo por la gracia, de la que él habia de ser trofeo y defensor, pedia á Dios la castidad, pero con deseos tan ineficaces que hasta temia fuesen atendidos. Para colmo de su desventura la curiosidad y la inquieta actividad de su espíritu le habian empeñado en el trato con los maniqueos. Los discursos de estos, tanto mas pomposos cuanto tenian mas horrores que ocultar, le hicieron disgustarse al principio de la sencillez de las divinas Escrituras, y poco despues le precipitaron en la heregia.

Consumiase de dolor su dulce y santa madre, mas afligida que si le viera muerto, y lloraba por él de continuo. Fué á visitar á un obispo que tenia grande reputacion de sabiduria y de virtud, y le suplicó que emplease una y otra á favor de su hijo, al tiempo mismo que estaba este mas infatuado con los perniciosos delirios de Manés, que aun no habia profundizado, y tenian para su genio ardiente el prestigio de lo maravilloso no menos que el de la novedad. El obispo respondió desde luego á Santa Mónica, que se contentase con orar; pero como ella insistiese vertiendo copiosas lágrimas, «Andad, añadió, que es imposible perezca para siempre un hijo que cuesta tantas lágrimas á su madre (1).» Mónica recibió esta respuesta como un oráculo, cuyo cumplimiento procuró acelerar con sus oraciones y desvelos.

Siguió á Agustin mas allá de los mares, y con el ejemplo de sus virtudes, que el hijo veneró siempre, le conmovió mas que con todo el ardor y ternura de sus colo-

(1) August. lib. 3 Conf. cap. 12.

quios. En estas circunstancias la ciudad de Milan envió á pedir al prefecto de Roma un maestro de elocuencia digno de la ciudad reinante, y Agustin obtuvo esta honrosa plaza despues de haber dado pruebas de su capacidad. Este suceso, casual en apariencia, no era indiferente á los designios del Señor. El santo obispo de Milan, que tambien era muy elocuente, acogió al nuevo orador con una bondad que ya principiò á quitarle muchas preocupaciones, y asistia frecuentemente á los sermones del prelado. Es verdad que la celebridad de Ambrosio y la curiosidad de Agustin tenian la mayor parte en la asistencia continua del nuevo oyente, el cual oia al mismo tiempo los floridos discursos del maniqueo Fausto, y queria hacer el paralelo entre el corifeo de los sectarios y el oráculo de los ortodoxos. Mas los discursos de Ambrosio le parecieron infinitamente mas dignos que la brillante hojarasca del maniqueo; y aunque al principio no puso la mayor atencion en el fondo de las cosas, sacó insensiblemente la solucion de las dudas y el primer remedio de las dolencias de su espíritu.

Pero la lectura de las Epístolas de San Pablo, tan proporcionadas al carácter de Agustin, venció su resistencia junto con las conferencias con un santo sacerdote de Milan, llamado Simpliciano, que ya habia sido maestro del grande Ambrosio en la piedad. Llevado de unas ideas de reforma todavia mal digeridas, habia formado Agustin el proyecto de vivir en comun con cierto número de amigos, de los cuales los dos principales eran Alipio y Nebridio, africanos como él y tan adictos á su persona, que habian dejado su pais, donde poseian ricas tierras y una posicion ilustre, solo por tener el gusto de vivir siempre en su compañía. Mas algunos de ellos pensando en casarse y estándolo ya otros, reflexionaron que las mugeres no convendrian tal vez en esta

sociedad. Entonces Agustin principiò á conocer al sacerdote Simpliciano, y descubriéndole su corazon con toda confianza, le confesó familiarmente y con la mayor ingenuidad todos sus errores y flaquezas. Se esforzó Simpliciano á animarle, refiriéndole cómo el retórico Victorino, conocido por una traduccion muy estimada de las obras de Platon, no solo habia triunfado de todas las pasiones de la carne, sino que habia renunciado inmediatamente las esperanzas y todos los tropiezos del siglo.

Otro dia en que San Agustin estaba hablando de la misma materia con su fiel Alipio, Pontiniano, que tenia un empleo considerable en la corte y era hombre de gran probidad, vino á visitarle como compatriota, pues tambien era africano; y viendo en la mesa las Epístolas de San Pablo, recayó la conversacion sobre asuntos de piedad, y refirió varios pasages de la vida de San Antonio, de quien ni Agustin ni Alipio jamás habian oido hablar. Escucharon sorprendidos unos hechos tan maravillosos y recientes, y no sorprendió menos á Pontiniano esta ignorancia en hombres tan cultos. Ignoraban tambien estos grandes ingenios que en Milan mismo, donde vivian, habia un monasterio en el que se imitaban las costumbres angélicas, cuyos principios habia dado el padre de los cenobitas en Egipto. Tambien les refirió Pontiniano la célebre conversion de dos grandes de la corte con la lectura de la vida del mismo San Antonio, que habian hallado en Tréveris, en la celda de unos monges donde habian entrado por casualidad un dia que Pontiniano iba con ellos de paseo; lectura que les hizo ademas abrazar al instante la vida monástica.

Durante esta narracion, parecia que Agustin estaba absorto en las mas profundas reflexiones (1), y luego que se retiró

(1) August. lib. 8. Conf. cap. 8.

Pontiniano dijo á su amigo con un tono extraordinario y levantándose conmovido: «¿en qué pensamos? Estamos viendo que los ignorantes arrebatan el cielo, y nosotros insensatos! nosotros con toda nuestra ciencia estamos sumergidos en la hediondez del vicio! ¿Nos avergonzaremos de seguirlos? ¿pero no es mucho mas vergonzoso no tener valor para ello?» Alipio le miraba sin hablar palabra, sobrecogido á vista de una agitacion tan grande, y le siguió al jardin á donde se encaminaba. En el sitio mas retirado se sentaron los dos: Agustin hacia el último esfuerzo contra la gracia que triunfaba en él de toda la rebeldía de la sensualidad; y el infierno, en el instante de perder un esclavo cuya libertad debia tener tan grandes consecuencias, empleaba toda su fuerza y todos sus artificios para detenerle. Experimentaba movimientos convulsivos, se daba palmadas en la frente, se arrancaba los cabellos volviéndose á todas partes; de modo que parecia indignarse contra sí mismo por no determinarse á hacer lo que creia depender de su voluntad.

Levantóse por fin súbitamente, y alejándose de Alipio fué á echarse bajo una higuera, en donde no pudiendo contenerse mas, derramó torrentes de lágrimas, y exclamó: «¿hasta cuando, Señor, hasta cuando seré yo el blanco de vuestra ira? ¿Hasta cuándo seré el juguete de lo que miro con horror? ¿Por qué mañana? ¿por qué no hoy? ¿por qué no en este momento?» Ansiaba, segun nos dice él mismo, la curacion de su alma, y temia sanar: habria querido romper su cadena, y no lo queria. Por una parte, segun la pintura tierna que continuaba haciendo, se le presentaban los placeres con todos sus atractivos y le decian en el fondo del corazon: «Agustin, ¿piensas vivir en adelante sin nosotros?» Y por otra parte mostrándose á su vista el pudor con un as-